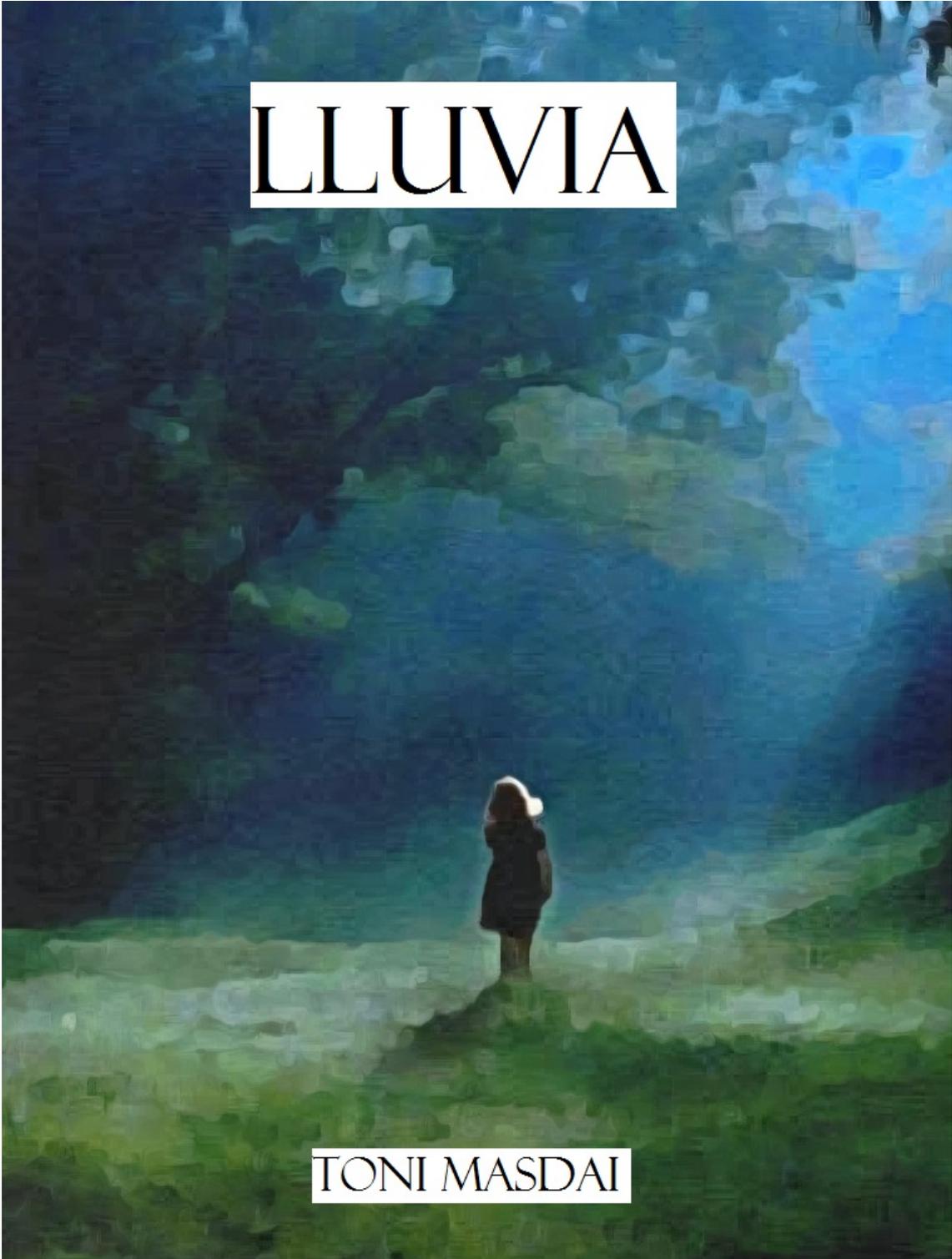


Lluvia

Toni Masdai



LLUVIA

TONI MASDAI

# Capítulo 1

## CAPITULO 1:

### NACIMIENTO

Abrió sus ojos, respiró, un ruido a lo lejos, un palpitar en el pecho, el aire frío en su cuerpo. –Estoy viva- se dijo.

En medio del bosque la mañana era fría, y a lo lejos entre las ramas y hojas húmedas, algo como un aire hecho de oro, una claridad amarilla que hacía de ese lugar algo diferente y le movía a ir.

Mientras daba sus primeros pasos, una hoja cubierta de rocío tocó su brazo- ¿Qué es esto?- se preguntó. Recién había existido y todo era un descubrimiento, una maravilla. Con dos dedos tocó las frías gotas de la hoja y llevó a su boca la humedad; su sabor le sorprendió. Creyó que podía tomar toda el agua del bosque.

Se detuvo en los lindes del claro, como si todo ese lugar circundado por luz fuera un santuario. Desde la sombra del dosel arbóreo extendió su mano. El calor suave, y un nuevo brillo en su piel, le dieron la confianza para que luego todo su cuerpo fuera cubierto de luz y agradable calor. No había el cálido regazo de una madre amante, ni tiernos pechos que alimentaran su ser. Pero allí, fue como recibir las caricias de una madre.

Miró a lo alto. Sus ojos, después de una breve ceguera, se acostumbraron al brillo. Y el cielo, cual rey majestuoso vestido de azul apareció ante su pequeña existencia. Los árboles parecían guardianes, gigantes seres que custodiaban aquel puro claro de luz. El mundo, era para la niña una continua sorpresa, un continuo descubrimiento. Los aromas, tan diversos. Los ruidos, una reunión de muchos pueblos, cada uno con su lengua cantada o gritada al unísono. Los colores, más de los que sus ojitos podían contener en una mirada. Quería tener cien ojos para verlo todo, cien oídos para oírlo todo. Que su cuerpo fuera más grande para abarcar la mayor cantidad de sensaciones y ser llena de esa luz preciosa. Que su nariz fuera gigante, para oler lo que no podía oler. Todo el bosque le gritaba: ¡Ven y descúbreme!

Acudió a este llamado. Si era un llamado interno o externo no lo sabía, tal vez ambos. Era una tierra de ríos, bosques y amplios lagos. En cada estación un nuevo cuadro, nuevos colores, nuevas formas. Y todo, solo para ella. Se creía la única criatura de su especie y por ende era dueña de lo que sus ojos veían. El bosque inmenso y ella en medio de él, pequeña, frágil, indefensa, cual Jonás en el pez; pero este pez no era de carne, sino de ramas y hojas. Musgos y rocas. Semejante al hombre que vive en este

planeta, pequeño e indefenso ante sus fuerzas.

Al poco andar entendió que no era la única de su especie. Otras pisadas como las que ella dejaba en la blanda tierra le quitaron su unicidad. Puso su pie en la huella como si se probara los zapatos de su padre, y notó que las huellas eran más grandes que su pie.

Ante este descubrimiento desapareció todo el bosque, como si de pronto la luz se fuera y solo brillaran esas huellas. –Otros como yo- se decía. Irresistible llamado, el del hombre con el hombre. La soledad no pertenece a aquello que es persona. La belleza del bosque, con toda su fantasía y misterio no puede satisfacer la necesidad que el hombre tiene del hombre. Con este instinto básico encendido, se lanzó en la búsqueda de los otros.

## Capítulo 2

### CAPITULO 2:

#### EL ECUENTRO

Como niños que juegan en la calle siguiendo las marcas de tiza en el suelo, así la niña siguió las huellas recorriendo aquella tierra.

Era una tierra de cazadores y hábiles trabajadores de la madera. De gente fuerte. Sus rostros serios, daban la impresión de antigua sabiduría. Los varones acostumbraban a usar largas y lisas cabelleras, símbolo de valentía en la batalla. Sus mujeres, fuertes, robustas, madres dedicadas y cariñosas, pero inflexibles ante los berrinches, e insurrecciones contra el saber de los antiguos. Hijos de tierras lejanas, ya casi olvidadas por los demás pueblos. Habitantes de los bosques y las llanuras, cerca de las montañas del norte. Los reinos les solían llamar "La gente del rostro color tierra" por el peculiar tono rojizo de su piel. Constructores de canoas, que como tijeras cortaban la suave tela acuática de los grandes lagos, cuya fama, en otros lejanos tiempos le dieron cierta gloria. Y que aún los antiguos reyes de las Altas Tierras las recuerdan.

En los dominios de estas gentes caminaba ella. Ajena a toda la historia de ese pueblo, ajena a todo conocimiento de otros como ella. Quien la viera deambular por el espeso bosque podría creer que tenía diez años. Delgada y de ojitos castaños. Su cabello largo, que como un velo de luto negro cubría su cabeza, contrastaba con el claro tono trigueño de su piel. Piel manchada con el barro del bosque. Piel cubierta con una prenda de un pálido tono café. Prenda que parecía un saco de harina y que llegaba hasta sus rodillas. Los colores del otoño y del invierno estaban en ella ¿Quién pensaría que ella tenía un par de horas de vida? Por lo menos eso sentía. Nada recordaba de una vida anterior. Despertó en el suelo del bosque y nada más.

Las huellas le guiaron hasta un sendero que se habría paso en medio del floreciente bosque primaveral. Los caminos son las marcas de que las tierras no son vírgenes. E instintivamente ella comprendió esto. Su pequeño corazón se aceleró y marcó el ritmo para el andar de sus pies. Mientras caminaba, dejó que la ansiedad del encuentro cegara su entendimiento. No pensó en las dificultades que vienen con el conocimiento de nuevas personas. El cómo ellos reaccionarían ante su presencia, si comprendería su lengua, si ponía en peligro su vida. La ansiedad, hacía de su alma un caballo desbocado y acelerado, que imprudente se lanzaba a lo desconocido. Ni el hambre, ni el cansancio, lograron frenar su marcha. Y el paisaje del bello bosque era inexistente para esos ojos, que solo buscaban encontrar el fin del camino, y su tan

ansiada recompensa en el encuentro de otros como ella.

Obtuvo su recompensa. El fin del sendero correspondía con el linde del bosque. Un amplio valle se desveló tras la cortina de árboles, ramas, y hojas. Las enormes e irregulares montañas, con sus picos agudos, parecían morder el claro cielo; rodeaban todo el lugar, como enormes paredes de granito y roca, coronadas de nieve. A poca distancia, a su derecha, un gran lago de mansas aguas terminaba por adornar ese precioso paraíso de primavera.

Distantes y grises humaredas señalaban un poblado. Viviendas de pieles, como pequeñas pirámides, y un sol que brillaba sin calentar la fría mañana, daban la sensación de hogareña paz a todo aquel poblado.

Pero había una vivienda de piel, mucho más alejada del poblado, y mucho más cercana a la niña. Esta era diferente. Su forma era rectangular, como una tienda de campaña militar. El esqueleto de la vivienda era de gruesas varas de madera; y estaba toda cubierta de pieles negras, con una abertura al frente, a manera de cortinas. En la parte superior, una abertura, que dejaba escapar el humo de la fogata encendida al interior.

Parada en el borde del bosque, la niña miraba en dirección a esa tienda. Ahora la ansiedad se mezcló con incertidumbre. El hambre y la debilidad corporal se dejaron sentir. Pero estaba allí, y no podía volver al bosque. Estaba demasiado cerca como para que, la duda, y el miedo que asomaba, ganaran aquella partida.

Dio unos leves y dubitativos pasos, cuando a su izquierda, emergió del bosque un hombre. Su rostro manchado de negro. El torso cubierto, con lo que parecía un pectoral de huesos y maderas. Su espalda abrigada con un manto hecho de oscuras plumas, de alguna enorme especie de ave. Y su cabeza, adornada con un penacho de plumas negras. Era un ser de gran estatura. Fue para la pequeña, como si un árbol del bosque cobrara vida ante ella. La impresión, sumada a toda la debilidad de su cuerpo, fue más de lo que pudo soportar. Cayó sin conciencia ante aquella enorme y terrible figura.